

la piedad y entusiasmo que en este día le recibieron en Jerusalem aquellas sencillas gentes que por su sinceridad habían recibido del cielo, la gracia de creer en el Mesías, y que llenos de alborozo esclamaban entusiasmados: Bendito el que viene en nombre del Señor: *Benedictus qui venit in nomine Domini*: pero aquel desgraciado que con un corazón corrompido y lleno de maldad, con afectos terrenos, sin reverencia y sin dolor de sus pecados, recibe la sagrada comunión indignamente, come y bebe su propio juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor: *Qui manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat, et bibit non dijudicans corpus Domini* (1). ¡Cuántos que sin fé ni disposiciones se acercan á esta fuente de verdadera vida, sacan la muerte de su alma! ¡Qué contraste tan monstruoso! Decidle á un hombre cualquiera que el monarca de la tierra le llama á su presencia, que desea hablarle y comunicarse con él, y vereis que preparativos no hace. Las mejores galas, las prendas que tiene en mas estima, todo le parece poco decente para presentarse ante su rey. Pues bien: decidle que se acerque á la comunión Pascual, y le vereis indiferente sin adornarse de las ricas vestiduras de la gracia, que son tan necesarias y que se reciben sin duda por medio de una buena confesion de los pecados. Lamentable descuido que á muchas almas ha conducido al lugar de eterna condenacion. No, de ningun modo hallarán en la sagrada Eucaristía los sacrílegos profanadores del cuerpo de Jesus, ese consuelo, esa luz divina, esa fortaleza, esa participacion de Dios que el justo recibe en su recepcion. Si viene enfermo, su

(1) I. ad Cor. cap. XI, v. 29.

enfermedad se hará incurable; si necesitado se acrecentará su miseria; si afligido no encontrará consuelo: si cree hallar un Dios de misericordia, se encontrará con un juez inexorable dispuesto á castigarle con todo rigor por profanador de su cuerpo y de su sangre.

Por mas que Jesucristo es Omnipotente, no puede darnos mas de lo que nos ha dado en prueba del grande amor que nos profesa, puesto que se ha dado á sí mismo en el augustísimo Sacramento de nuestros altares. Vosotros, mis hermanos, que os disponeis para practicar, no una obra de supererogacion, sino un deber impuesto á todo católico por la Iglesia nuestra madre, recibiendo la comunión Pascual, cuidad de que no sea para vosotros un bocado de muerte por la mala disposicion con que os llegais á Jesucristo. Salidle al encuentro con el fervor de aquellos que le recibieron en la capital de la Judea: tended en tierra vuestras vestiduras para que pase sobre ellas; es decir, despojaos de la soberbia, de la envidia, de la lascivia, de todos los vicios y pasiones que corrompen vuestros corazones y os arrastran á vuestra ruina, y vestíos de las virtudes cristianas: fé sincera, eficaz y operativa, esperanza grande y caridad ardiente, pero una caridad digna de corresponder á la de Jesucristo por nosotros, que fué tal, que le hizo descender de su trono á la tierra de nuestra peregrinacion, revestirse de nuestra carne y sufrir dolorosa pasion y muerte por salvarnos, caridad que llegando á lo sumo en los momentos anteriores á los de sus tormentos, le hizo efectuar el gran prodigio de la Eucaristía para permanecer con nosotros hasta la consumacion de los siglos, siendo nuestro alimento y nuestro mas positivo consuelo: llevad en vuestras manos palmas y ramos de olivas, pero ramos que for-

mareis con obras de piedad y que regareis con lágrimas de dolor y arrepentimiento de vuestras pasadas infidelidades.

No me digais que así deseais hacerlo, pero que os asustan vuestras maldades. ¿Os atreveréis á poner límites á la divina misericordia? ¿Creeis que el que os redimió, no os perdonará de nuevo, si arrepentidos llegais á postraros ante sus plantas? Acudid al tribunal de la penitencia: allí hallareis otro mortal, otro hombre espuesto á caer en las mismas debilidades que vosotros, y rodeado de vuestros mismos peligros; pero como fué la voluntad de Dios santificar á los hombres por medio de los hombres mismos, se halla revestido de la autoridad de Jesucristo para perdonar vuestros pecados: no mireis en él un hermano, mirad si al mismo Jesucristo que os escucha lleno de bondad y deseo de dispensaros su misericordia: llenos de humildad postraos en su presencia y con sinceridad y dolor confesad todos vuestros pecados, é inmediatamente recibireis el perdón, junto con la penitencia, y de este modo ya ireis decorando la habitacion de vuestro corazón que mas tarde convertireis en templo de Dios vivo.

Aun es necesario mas, antes de acercarse á las gradas del altar, recogido vuestro espíritu, contemplareis con la mayor humildad quién es el que viene, cómo viene y á quién viene. Consideraciones son estas, que no podrán menos de liquidar vuestros corazones cual la blanda cera, en tiernos afectos de amor y gratitud. ¿Quién es el que viene, os preguntareis, á tomar posesion de mi corazón? ¡Ah! es un Padre amante y cariñoso, que se complace en colmar-me de caricias; es el Dios de amor que me redimió á

costa de tormentos; es el Omnipotente á cuya voz se quiebran los mas robustos cedros del Líbano; es el Altísimo Señor y conservador de cuanto existe, y á quien millares de ángeles sin cesar adoran y bendicen. ¿Y cómo viene? ¿Con qué aparato? En un estado de humildad y abatimiento mayor que aquel con que hiciera su entrada en Jerusalem, porque allí al menos si bien ocultaba su divinidad, iba mostrando su santísima humanidad; pero en el Sacramento de nuestros altares viene á nosotros, no rodeado de rayos de luz, ni despidiendo relámpagos y truenos como en el Sinaí, sino ocultando á mas de su divinidad su humanidad, y circunscrito y reducido al estrecho círculo de una hostia. ¡Gran Dios! ¡qué obras tan maravillosas sabe efectuar vuestra diestra bienhechora! Hecha esta consideracion, rétaos que meditar á quien viene en traje tan humilde este Señor tan poderoso. Tiempo es entonces que recordeis la nada de vuestro sér; que sois criaturas formadas del barro de la tierra; que continuamente estais ofendiendo con vuestros pecados á ese Dios tan bondadoso que ahora se digna aposentarse en vuestro corazón. La contemplacion de la grandeza de Dios y de vuestra miseria, de su amor y vuestra ingratitud, os arrancará tiernas lágrimas de arrepentimiento, y hará renacer en vuestro corazón un grande amor á vuestro Dios. ¿Os sentís movidos? ¿Quisiérais no haber pecado? ¿Os sentís inflamados en el amor de vuestro Dios? Pues ya podeis en este caso llegaros sin temor á la mesa del altar, y alimentar vuestras almas con ese pan que será de vida para vosotros. ¡Qué felicidad la vuestra si con tal preparacion y tales disposiciones venís al cumplimiento Pascual! Poseereis á vuestro Dios con un do-

minio absoluto, y haciéndose una misma cosa con vosotros, tendreis en él un amigo y fiel defensor que os saque libres de entre los peligros del mundo.

Resta solo que con humilde y ferviente oracion os dirijais á este amorosísimo Padre y Redentor de vuestras almas, dirigiéndole fervorosas súplicas, á fin de que encienda en vuestros corazones afectos de amor y de gratitud por la gran fineza que nos ha dispensado, quedándose entre nosotros en el Santísimo Sacramento de nuestros altares y dándonos por alimento, y que os conceda su divina gracia, á fin de que no apartándoos del camino del bien obrar, recibais los celestiales consuelos que Jesucristo concede á los que dignamente le reciben en su pecho. Jesus viene á vosotros: salidle al encuentro llenos de regocijo y exclamando: «Bendito el que viene en nombre del Señor.» *Benedictus qui venit in nomine Domini.* De este modo Jesucristo despues de dispensaros sus bondades durante los dias de vuestra peregrinacion, será vuestro viático á vuestra partida para la eternidad, conduciéndoos en sus brazos á la patria de la inmortalidad, que es su gloria. *Amen.*

## SERMON

### PARA EL JUEVES SANTO POR LA MAÑANA.

#### INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

#### **Misterio de la ternura de Dios para el hombre, y de la exaltacion del hombre hasta su Dios.**

*Cum dilexisset suos, qui erant in mundo in finem dilexit eos.*

Habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Joan. cap. XIII, v. 1.

No ha habido un momento desde el dia de la creacion, hasta este de los misterios, en que Dios no haya obrado prodigios y maravillas á favor del hombre, que siempre fué el tierno objeto de su cariño. ¿Pues qué amor es este que reservado para el último momento, parece sobreponerse á aquel con que el Omnipotente nos habia amado siempre? Ciertamente es, real sacerdocio y cristiano auditorio, que en ningun tiempo ha estado sin accion el amor del Altísimo en favor del hombre;